

bí una carta revelándole cómo te habíamos salvado milagrosamente de la persecucion de su familia; teniéndote oculto por nueve años en el subterráneo de una torre. Nada mas le decia de tí, y solo concluia suplicándole, que ya que á mí no me habia cumplido sus promesas, no olvidase que era padre, y que si algun día Dios enviava hácia él á su hijo, cumpliese con los sagrados deberes de un padre y concentrase en tí todo el amor que me habia tenido.

Despues de enviarle esa carta, temerosa de que quisiera buscarme, me trasladé á mi patria en los años que permanecí aquí fué cuando conocí á Eugenia y la tomé conmigo; desde entónces hijo mio, esta niña no se ha apartado un instante de mi lado, y como te dije antes, ella me ama como una hija y ha procurado siempre mitigar los acerbos tormentos de mi vida.

Hacia ocho años Genaro que de nuevo residia en América, recibiendo de continuo noticias tuyas y viviendo de tus recuerdos.

Cuando me notició Justo que Milord en Union de su bella hija se habia marchado para Italia, y que residia en los alrededores de Venecia, esta noticia me alarmó sobre manera, tu padre iba á habitar en el lugar mismo en que habitabas, y esto me afligió en extremo.

Temerosa de que aconteciese alguna desgra

cia abandoné de nuevo mi patria, y en compañía de Eugenia me trasladé á Inglaterra estableciéndome en las inmediaciones de Lóndres en la aldea misma en que habitaba Justo desde donde podia velar sobre tí mas directamente. Con inefable delicia ví Genaro los progresos que hacias en los estudios y la inmensa ternura que habias inspirado á D. Mariano; pero pronto una noticia me hizo temblar por tu suerte; supimos tu amor por Leonor y figúrate cuales serian mis tormentos, al considerer que te habias enamorado de la linda hija de tu padre, (pues yo ignoraba entonces que Leonor no era hija de Edmundo, y creia que jamás podria ser tu esposa, temblé por tí hijo mio; no podia revelarte el abismo que de ella te apartaba sin darte al mismo tiempo á conocer á tu padre; en esta alternativa; resolví escribirte aquella carta en la que te prohibia amarla y en la que sin decirte la causa te anunciaba que jamás podria ser esposa tuya; pero esta carta no debia llegar pronto tus manos al pensar en los progresos que podia hacer en tu pecho tan funesta pasion me estremecia y asaltada por tan sérios temores pasaba mis dias en la oracion sumergida en lágrimas; Dios sin duda compadecido de mis penas, me quiso hacer sabedora de un secreto que debia calmar las angustias de mi alma, y que un dia debia tambien vol-

ver á tu corazón la calma!..... Una feliz casualidad ó mas bien diré un decreto de la Providencia, quiso descubrirme lo que por siempre habria ignorado.

Era una tarde oscura y nebulosa cuando acompañada de Eugenia volvía de visitar á una imagen de María que se veneraba en una aislada capilla en la soledad de un bosque; comenzábamos apenas á salir de la espesura de los árboles, cuando unos tristes lamentos llegaron hasta nosotras; ¿escuchas, esos lamentos? dije á Eugenia.

Si madre mia me respondió la pobre niña, pues muchas veces me daba el nombre de madre; hicimos alto por un momento, y viendo que los lamentos proseguian, nos dirigimos ambas al punto de donde partian: juzga de mi sorpresa Genaro al ver en lo mas espeso del bosque amarrada á un tronco de árbol una mujer medio desnuda y ensangrentada; comprendí desde luego que allí se habia cometido un crimen; me acerqué á ella, era jóven y hermosa, pero yo no sé porque sentí aversion por aquella mujer desde el primer instante; venciéndome sin embargo rompí sus ligaduras y cubriéndola con mi propio manto le pregunté si podria llegar hasta la aldea y si queria venir hasta mi casa.

¿Quién sois vos? me preguntó la desconocida con débil acento.

Soy una mujer desgraciada que vivo en estas comarcas la dije, y que me creo venturosa siempre que puedo aliviar las desgracias de mis semejantes.

¡Debeis ser un ángel! murmuró la desconocida viéndome con ternura; conducíme á vuestra casa.

Eugenia y yo entonces sostuvimos los vacilantes pasos de la desconocida viéndonos obligados á detenernos á cada instante notando que no podía; ¿estais herida? le pregunté; y despues volviéndome á Eugenia, ve á traer un carruaje hija mia la dije, en tanto que yo cuidó de esta señora; mientras Eugenia cumplia mis órdenes senté á la enferma sobre una piedra reclinando sobre mi pecho su abrasada frente. Cuando Eugenia hubo partido ¿es vuestra hija esa hermosa jóven? me preguntó tristemente.

—No señora, me apresuré á responderle, pero la amo como una hija, la recogí huérfana y sola, y desde entónces me ve como una madre.

—¡Ah! replicó ella con tristeza, yo tambien tenia una jóven á quien siempre he amado como una hija; pero hoy me han separado de su lado. ¡Oh cruel Edmundo! no me bastaba verme privada de tu amor sino que aun era preciso que me arrebatasen mi tesoro, que llevaras contigo á mi Leonor!.....

—¡Leonor! ¡Edmundo! estos dos nombres hicieron estremecer las fibras mas delicadas de mi corazon.....

—¿Cómo os llamais? pregunté á la desconocida.

—Estela contestó débilmente; ¿y vuestro nombre?

—Matilde: en este instante llegó Eugenia con el carruaje, y ayudada por ella conduje á Estela hasta él; subimos en seguida Eugenia y yo y poco despues llegábamos á mi humilde casa: una vez en ella, coloqué á Estela en mi propio lecho, y como pronto se durmiera yo me senté á su lado; una duda habia asaltado mi alma al escuchar en sus lábios los nombres de Edmundo y de Leonor; yo no conocia á la esposa de Milord: ¿no seria acaso ella la que en aquel instante se albergaba en mi morada? esta duda me atormentaba de continuo: mas cuando así fuese; ¿no sufría en aquel momento? ¿no la habia escuchado quejarse del desamor de Edmundo? causa inocente de mi desgracia ¿no era ella misma en aquel instante desgraciada?.....

¡Ah sí! ella sufría y su situacion reclamaba mis cuidados y mi cariño; de estas reflexiones me sacó la voz de Estela.

—¿Matilde estais aquí? preguntó tímidamente.

—Si querida amiga repuse acercándome á su lecho: sufro mucho, replicó ésta, querria que hicieseis algo por aliviarme; yo entónces lavé su herida, y lla mando á un facultativo, con mis propias manos le apliqué las medicinas que le fueron ordenadas; con ellas calmaron los dolores de Estela que ya permaneció tranquila: en la noche todos dormian, solo yo velaba junto al lecho de la enferma, cuando ésta, abriendo sus amortiguados ojos los fijó en mí con ternura ¡exclamando:

—Matilde ¿porqué os tomais por mí tan tierno cuidado?

—Amiga mia, respondí á Estela, me interesais en extremo, y tengo el mayor placer en cuidaros y serviros.

¡Gracias! murmuró la enferma. ¡Oh si todos fuesen como vos, cuán feliz seria!

—¿Sois pues, tan desgraciada? pregunté con interés.

—Mucho Matilde, mucho.

—Comunicadme vuestros dolores, repuse entonces; derramad vuestras penas en el seno de una amiga: quizás al confiarlas se mitigarán vuestras desgracias.

Estela entónces me contó su historia; mi corazon no me habia engañado hijo mio, era ella en realidad la esposa de tu padre, y unida á él por

intereses de familia, habia sido desgraciada; porque le faltaba el amor de su esposo tan necesario para su felicidad. Prodigué á Estela mis consuelos; por ella supe que no era Leonor la hija de Milord y la triste historia de Esperanza; esta noticia llenó de placer mi alma, porque tú, Genaro, eras ya libre para unirte á la mujer que amabas: supe tambien, cómo esa tarde, yendo sola á visitar á la Virgen del Bosque, la habian asaltado unos malhechores, que hiriéndola le habian robado lo que tenia, dejándola abandonada y empujando ellos la fuga.

Yo la escuchaba atónita admirando los decretos de la Providencia, que por medios tan extraños me habia conducido al lado de mi rival, forzándome á compadecerla y á amarla.

Fué ella la que con sus revelaciones derramó un bálsamo en mi corazon, y al ver su llanto y al escuchar sus lamentos hijo mio, me sentí conmovida, y hubiera deseado hablar á Edmundo para suplicarle amase á su esposa con el mismo fuego con que á mí me amara en pasados tiempos.

Quince dias pasó á mi lado la esposa de tu padre ignorando ella quién era yo.

Cuando Estela estuvo del todo restablecida, se separó de mí derramando amargas lágrimas; quiso que al menos por unos dias la acompañase á Lón-

dres; pero yo me negué á hacerlo, temerosa de ser reconocida por la familia de tu padre.

La noticia del nacimiento de Leonor habia llenado mi corazon de contento: las terribles amarguras, y las continuas dudas que atormentaban mi alma se apartaron de mí; y lo que antes me hacia temblar era entonces la mas alhagüeña de mis esperanzas.

En este estado me hallaba Genaro, cuando una noche me anunció Jnsto tu llegada; no podré decirte hijo mio, lo que sentí al saber que estabas en la aldea, y respiraba el mismo aire que respirabas; menos podré aun explicarte mis sensaciones cuando pude contemplarte en el silencio de la noche; cuando escuché tus ardientes expresiones: ¡Ah Genaro! fué ese el momento mas feliz de mi existencia y su recuerdo extremece aun mi corazon de contento y de ventura!.....

Poco despues partiste, y juzga cuál seria mi alegría cuando al poco tiempo recibí tu carta en la que me pedias permiso para casarte, y me exponias las condiciones que Milord exigia de tí, para concederte la mano de Leonor; llena de placer dí gracias al Eterno que por vías indirectas te iba en fin á poner en posesion de tu verdadero nombre, y de los títulos de tu padre; no vacilé un momento en contestarte, y esperaba ansiosa la noticia de tu enlace, cuando Dios que sin duda no cree bastante pu-

rificada mi alma de sus faltas, quiso hacer pesar aun sobre mí, la mano de su justicia. Mi enfermedad por algun tiempo amortiguada se desarrolló en esos dias con terrible rapidez; pero de tal manera, que afligidos los facultativos me ordenaron abandonase inmediatamente la Inglaterra y me trasladase á América, donde su clima mas dulce, podria quizas restablecerme: Aquella misma noche emprendí en compañía de Eugenia mi camino; dirigíame á la América Española; pero al llegar á mi patria se exaservaron de tal manera mis males, que me fué imposible continuar: Comprendiendo hijo mio, que mi fin se acercaba, quise verte antes de morir: pedí á Eugenia lo necesario para escribir, y reclinada en mi lecho te escribí mi carta enviándosela á Justo y ordenándole te trajese á mi lado lo mas pronto posible, porque temia que antes de verte, la vida me faltara.

¡Perdona Genaro si te arranqué de los umbrales mismos de la dicha; pero queria verte antes de morir, y tenerte á mi lado al menos en mi lecho de agonía!..... ya satisface mi postrer deseo Genaro, y ahora cuando vuelvas á Europa, irán siempre en pos de tí las bendiciones de tu madre!..... así hablando rodeó mi cuello con sus demacrados brazos, y guardó silencio; yo la estreché contra mi corazon profundamente conmovido; lo que pasó despues, nunca lo podré expresar, yo le conté á mi vez mi

triste historia, y ambos nos entregamos en seguida al exceso de nuestra ternura; la luz del dia nos sorprendió en tan grata ocupacion y temeroso entonces por mi madre, le supliqué se entregase algunas horas al reposo; prometíome hacerlo y tocando la campana poco despues entró Eugenia llevándonos el alimento; cuando lo hubimos tomado, mi madre le dió orden de que nadie penetrase ni nos hiciesen rumor alguno; y cuando esta buena jóven hubo partido, cerré la puerta, y reclinándome en mi lecho mi madre y yo nos entregamos al descanso; nunca he tenido un sueño mas dulce; las mas gratas imágenes rodeaban mi lecho y mi mente fluctuaba en las mas deliciosas impresiones.

Serian las doce del dia, cuando ambos despertamos; al abrir la ventana los rayos del sol penetraron en la pieza al través de los cristales; mi madre sonrió, y dándome un beso en la frente: ¡qué noche tan deliciosa me has hecho pasar hijo mio! me dijo con ternura: ¡Ah! ¡si te hubiese tenido siempre á mi lado, no habria sido desgraciada!..... con todo el fuego de mi alma contesté á las cariñosas expresiones de mi madre y tanto aquel dia como los siguientes, se pasaron para mí en el exceso de la felicidad.

La salud de mi madre se iba reponiendo por momentos; parecia que mi vista le devolvía sus perdidas fuerzas y el médico estaba tan satisfecho de

su mejoría, que le permitió abandonar el lecho y gozar en nuestros paseos del aire libre del campo.

Describir lo que yo sentía al estar á su lado, al sostener en mis brazos sus débiles pasos, al recibir sus ardientes expresiones y sus caricias, es superior á mis fuerzas: Yo veía realizado lo que mas habia ambicionado en mi vida; estaba al fin del lado de mi madre; ¡escuchaba de sus lábios el dulce nombre de hijo, y gozaba tanto, que no me parecia habitar la tierra, sino que me sentía trasportado al cielo!..... Nunca habia estado tan contento y bendecía á Dios sin cesar por la ventura que en aquellos momentos me concedía.

Esta dicha sin embargo, no debía ser muy duradera. Mas suspendamos la lectura para conducir de nuevo al lector al seno de la Alemania.

CAPITULO CXXIV.

Viaje de Munich á Stuttgart.—Nuestra partida de Munich; impresiones que su visita dejó en nosotras.—Poblaciones por donde pasamos.—Stamberg, su hermoso lago Wurm, castillos y villas inmediatas.—Ausborg, número de sus habitantes, antigüedad de su fundación, edificios y monumentos notables; algunas noticias históricas.—Aspecto del camino por donde íbamos transitando.—Burgan, su población.—Camino entre este punto y Gunzburg, número de habitantes de que este último se compone, y su fundación.—Leipheim, cómo se halla situado; su población; su hermoso castillo. Lo que hay de notable en el trayecto hasta Ulm; posición de éste, su importancia, número de sus habitantes, y sus alrededores.—Otras poblaciones del tránsito.—Geistingen, y las ruinas inmediatas que allí existen. Indicaciones sobre algunas de las poblaciones que atravesamos.—Nuestra llegada á Stuttgart.

Serian las ocho de la mañana cuando salimos de Munich; el dia estaba sereno, el sol ardiente de Alemania nos bañaba con sus dorados rayos, y todo aparecía á nuestro alrededor sonriente y animado. La capital de Baviera no nos habia agradado mucho por el aire triste que la distin-